

la rotonda del Panteon y las torres de San Sulpicio; pero en cambio se veían los muros, los bastiones, las fortalezas, las torres señoriales y monárquicas unidas con las agujas de los templos góticos y con las cimas de los pesados palacios entre cuyas sombras el Sena corría serpenteando; y Nuestra Señora, cubierta ya con el esmalte de los siglos, relucía y resaltaba, poblada con sus jerarquías de alados ángeles y sus efigies de bizantinos santos; ofreciendo todo ello un maravilloso espectáculo, que hacía la izquierda se perdía en las colinas umbrosas y verdes de Montmorency y hacía la derecha en los bosques negruzcos de Boulogne, cuyo conjunto daba por necesidad á la contemplación de la vista y de la idea sabias combinaciones de los primores del arte con los cuadros de la naturaleza.

Renunció cada cual de los asociados á todo lo que tenía, reservándose tan solo el viático necesario á los proyectados é inmediatos viajes. Prometieron luego, en Dios y en su conciencia, sin mirar á los peligros sembrados en aquellas vías y á los riesgos corridos por sus personas, partirse á Jerusalem; y en el caso de que por la tristeza de los tiempos y por la material imposición de los infieles no pudiesen arribar allá, ir á Roma, y echándose á los piés del Santo Padre, ofrecerle corazón, alma, vida, en su obediencia y en su defensa. Ignacio sabia muy bien que la ida de los suyos á Jerusalem rayaba en lo imposible, mas para exaltarlos, para sostenerles en esa exaltación, aguijoneábalos á ir en busca de esa ideal verdad perdida en los misterios y en los desiertos, con ánimo y resolución de llevarlos á Roma, ciudad mas práctica, mas terrestre, mas tangible, donde la tradicional autoridad pontificia se organizaba para una grande resistencia y podia estimarse y retribuirse cual su importancia lo demandaba, el heróico esfuerzo y el audaz pensamiento de fundar una milicia espiritual que contrastase á los luteranos en Alemania y en Suecia, á los zuinglistas y todos los demás sectarios en Suiza, á los anglicanos y todos los demás rebeldes en Inglaterra, á los innovadores y todos los demás herejes, en Francia, España é Italia, á los cismáticos en cualquiera parte del mundo; corriendo luego por las tierras primitivas de Asia, Africa y América, para en todo el mundo restablecer la secular autoridad del Pontífice y restaurar la servil y absoluta obediencia á la Iglesia.

Tales fueron los comienzos de la Compañía de Jesus. Siete apóstoles

bastaron como gérmen de asociación tan formidable. Al poco se les unieron Claudio Yayo, de Saboya, Juan Coduri, de Provenza, y Pascasio Broet, de Picardía, componiendo todos ellos un apostolado de diez. Todos los años, en la misma festividad, renovábanse los votos y los juramentos. Volvían los asociados á la capilla de Mont-Martre, y decían de nuevo todas sus promesas. Despues seguían sus estudios, hallándose resueltos á no tomar ninguna determinación hasta que tuviesen los títulos indispensables para ejercer la predicación. Sus voluntades y sus afectos uníanse como estaban unidas sus creencias y sus ideas, formando de esta suerte una espiritual familia subyugada por completo al poder omnímodo y autoridad espiritual de San Ignacio. Este distribuía su tiempo, señalaba el género y corte de sus vestiduras, prescribía los alimentos con que sustentaban sus cuerpos, designaba las horas de estudio, de meditación, de contemplación, haciéndoles frecuentar el sacrificio de la misa y el sacramento de la Eucaristía. Celebraban despues conferencias ordinarias, unas de ellas para tratar y departir entre sí de las cosas del mundo, y otras de ellas para tratar y departir entre sí de las cosas del cielo. Ibanse con esto criando sus corazones en el apego de una misma idea y en la comunidad de una vida misma. Convidábanse unos á otros; y aunque solo tuvieran pan y agua que ofrecerse, tan modestas agapas les servían para comunicarse sus pensamientos y perseverar en sus votos. Así pudieron, como si tuvieran un solo cuerpo, un solo espíritu y un solo ánimo, acabar los estudios en Paris y aperebirse y prepararse á la mayor y mas aventajada empresa de fundar aquella Compañía, en cuyo seno se disipaban las ideas individuales y se absorbía la vida de cada uno de ellos como puede absorberse la humilde gota de agua en la inmensa profundidad del mar.

De esta suerte se promovió la gran reacción religiosa, cuyas sombras debían oscurecer la humana conciencia y subir hasta los mismos cielos. Así nació tan humildemente la Compañía siniestra, cuya solidaridad con el Pontificado y con el poder temporal ha sido tanta, que no podrían hoy mismo separarse sus límites y conocerse sus diferencias. Mística por sus ideas, resultó maquiavélica por sus procedimientos. Pagada del supremo fin de salvar á la Iglesia, creyó buenos todos los medios conducentes á conse-

guirlo. Separóse del mundo para oprimirlo mejor y despreció todos los bienes materiales para mejor allegarlos. Sus monitorios secretos la constituyeron pronto en una especie de asociacion misteriosa, y su indiferencia sobre la santidad y la rectitud de los medios la llevaron á fácil corrupcion é inmediato decaimiento. Sus misiones tenian algo de misteriosas siempre. Y toda conversion que alcanzaban, parecíase á un verdadero suicidio. Ellos fueron el alma de todas esas reacciones que han manchado la moderna historia y que han oscurecido la santa libertad del pensamiento. Su pálida huesosa mano tañe la campana del degüello de San Bartolomé y atiza las inquisitoriales hogueras que devoran la libertad y la ciencia. Sus siniestros pensamientos escudan con empeño á todos los poderes que resisten y combaten el humano progreso. En el Norte de Italia, la Compañía preside aquellas matanzas que oscurecieron con vapores de sangre las luminosas crestas del Piamonte. Y en el Mediodía de Alemania desata las furias de la guerra de los Treinta años, cuyos excesos y escándalos han manchado la historia de Austria. Los jesuitas disminuyeron el genio de Florencia y asombraron los primeros dias del siglo xvii en la antes jovial Venecia; los jesuitas oprimieron á Cerdeña y Sicilia paralizandó su voluntad y su pensamiento; los jesuitas derramaron los gérmenes de una eterna guerra civil en Suiza; los jesuitas recrudecieron el absolutismo en España y Francia; los jesuitas soplaron en nuestros oidos las palabras de intolerancia por las cuales perdimos nuestra dominacion sobre Holanda; los jesuitas disminuyeron y rebajaron á la heroica Polonia; los jesuitas perdieron y destronaron á los Estuardos; los jesuitas combatieron y contrastaron toda reforma de la Iglesia católica y la paralizaron en su mortal inercia; los jesuitas persiguieron á las demás órdenes religiosas en China y fundaron la bárbara comunidad del Paraguay; los jesuitas representan las tinieblas, porque los jesuitas representan la reaccion. Tal árbol de muerte brotó en las alturas de Mont-Martre para extender su ponzoñosa sombra en la humana conciencia.

CAPITULO III

REGRESO DE SAN IGNACIO Á ESPAÑA

Asaltóle por este tiempo á Ignacio la repetición de un crónico dolor que de antiguo le fatigaba, y de continuo á mal traer le traía. Sus sobreexcitaciones nerviosas, sus penitencias larguísimas, la concentracion de la vida en el cerebro, dañábanle hígado y estómago con sendos crónicos daños. La enfermedad de tan valiosas entrañas, debilitábale con triste y penosa debilidad todas sus fuerzas y poníale con frecuencia en seguro trance de muerte. El mal creció tanto, que á pesar de su antigua indiferencia por las cosas del mundo, entrado ya en el período de la atención y el cuidado á la realidad que comienza en París y explica las dos fases de su doctrina y los dos aspectos de su existencia, como ya hemos dicho, consultó con varios médicos, todos los cuales, después de haberlo examinado, le aconsejaron el regreso inmediato á la patria para beber las aguas y respirar los aires natales, único remedio al valetudinario estado de su salud enferma y quebrantada.

Mas no desatendamos la razon principal del viaje como la desatienden en su mayoría los piadosísimos biógrafos contemporáneos del Santo. París indica una metamorfosis completa en todos los sentimientos de Ignacio. Su estancia en la gran ciudad señala una fase de su vida tan nueva como la herida misma de Pamplona. Aquí el mundano capitán de Cárlos se trueca en caballero espiritual de Cristo, y allí el asceta y místico se trueca en transigente y utilitario. La experiencia universitaria le ha enseñado que no puede predicar sin títulos académicos; y el logro de los títulos académicos, que no puede saber sin porfiados estudios; los estudios, que necesita tiempo; el